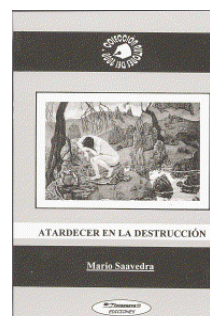


Atardecer en la destrucción

de Mario Saavedra

Enrique Servín



Auguste Renoir, Moulin Huet bay, s/f

Es un hecho que la poesía, más aún que otras manifestaciones de las artes, tiene una gran capacidad de florecer incluso en las circunstancias más difíciles y adversas. La ya perpetua crisis económica y política que ha caracterizado al México de las últimas décadas ha visto, en aparente incongruencia, un verdadero auge en la publicación de libros de poesía. Esto, en contra de lo que maliciosamente piensen algunos, es, por supuesto, una buena señal. La poesía ha sido desde sus orígenes, y seguirá siéndolo siem-

pre, uno de los baluartes de la actividad intelectual, uno de los últimos refugios del espíritu. Más allá de las utopías o los infiernos de la historia, el poema resiste como testimonio y como disidencia.

Así pues, en el contexto de un tercer milenio que comienza marcado, a nivel internacional, por el cinismo de la guerra, el auge regional del narcotráfico y las catástrofes naturales y, en el ámbito local, por una profunda decepción del actual sistema democrático y por un sometimiento de

los derechos sociales a los dictados de una economía globalizada, aparece un nuevo libro de poemas entre nosotros: *Atardecer en la destrucción* de Mario Saavedra.

Mario Saavedra opta en este libro por una poesía de las ideas, por el poema de la experiencia individual y colectiva. El comentario no es irrelevante, ya que es interesante constatar la frecuencia con la que los poetas mexicanos de las últimas décadas han desplazado su propuesta artística hacia una poesía de la palabra, del experi-

mento lingüístico. Independientemente del origen que tenga este fenómeno literario, es necesario insistir en que se trata tan sólo de posibilidades diferentes y no de una evolución natural o necesaria del fenómeno poético. El poema, desde hace milenios, ha narrado y ha sido testimonio explícito; ha servido, como ya lo dijo de forma inmejorable Ezra Pound, para *cantar* pero igualmente para *contar*, es decir, para dar fe de la experiencia individual que es también, por necesidad, la experiencia colectiva, la experiencia de todos.

La poesía de *Atardecer en la destrucción*, a pesar de tratarse de un primer libro, muestra a un autor sólido, a un escritor consciente de la tradición en la que se ubica y que, además, tiene algo propio que decirnos. Cabe aclarar que aunque ésta sea la primera obra poética que Mario Saavedra publica, el autor no es, para nada, un recién llegado a la literatura. Desde hace varios años ha sido un estudioso profesional de la poesía y la narrativa en castellano. Su trabajo académico, por ejemplo, sobre Elías Nandino —el gran poeta mexicano del deseo y su nostalgia— es ya un clásico en el tema. Ha sido además reseñista y crítico en importantes periódicos y revistas; por otra parte, su cercanía al medio intelectual y artístico de la Ciudad de México (Mario Saavedra llegó a ella a trabajar directamente en el cine, procedente de su nativa Colombia) le dio la oportunidad de tratar a algunos de los personajes más importantes de la cultura mexicana.

Pero Mario Saavedra no parece extrañar demasiado el trópico sudamericano y la exuberancia de sus entornos. Su mundo es el mundo mediterráneo, cuna y centro no sólo de la civilización occidental sino también de la expansión islámica medieval, que fuera el ámbito de la rica y fértil España de los árabes. En varios de los poemas de *Atardecer en*

la destrucción estos espacios aparecen como deslumbramiento ante la otredad y como emblema de una propuesta de civilización, aunque también como pretexto para reflexionar sobre el devenir colectivo. Saavedra es por esto, así como por una preocupación explícita por la crueldad del poder —que deja clara en otros de sus poemas— no sólo un poeta de lirismo personalista sino, de alguna manera, un poeta de la historia.

Hay otros temas que aparecen en este libro, por supuesto: la amistad, en ocasiones frágil pero siempre profunda y llena de significado en tanto que vivencia; el dolor ante la desaparición de los seres amados; la reflexión sobre la creación poética y, como ocurre en casi toda obra poética, el paso del tiempo. Este último motivo logra desarrollar interesantes:

No estamos hechos
de la misma madera
que sostiene en altamar
a ese barco de históricos asaltos.

Nuestra naturaleza es más bien frágil
y sujeta a los vaivenes del tiempo,
anclada en nuestro yo subterráneo
que se deshace en la profundidad.

También son notables sus homenajes, es decir, los textos reunidos en la sección llamada “Epitafios” y que fueron escritos en celebración de personajes u obras de la literatura universal: Pessoa, Borges, López Velarde y otros. Sin embargo, el tema del erotismo, en sentido amplio, aunque representado únicamente por unos cuantos poemas a lo largo del libro, parece ser, no sólo el más logrado desde el punto de vista formal (curiosa y delatora coincidencia), sino también el más profundamente cargado de honestidad emotiva. Aquí la justeza

formal, la sobriedad léxica y la intensidad emotiva logran verdaderos cristales de belleza y transparencia poética:

Bajo este repentino trepidar
rostro
a
rostro
vientre
a
vientre
entre venas
entre llamas
agonizo

Si es verdad que con el paso del tiempo tan sólo unos cuantos poemas sobreviven de la obra completa de un autor, yo me atrevo a apostar que este último es uno de los poemas de Mario Saavedra que habrá de sobrevivir: equilibrio entre tradición y experimentalismo, mezcla de reticencia y atrevimiento, llaneza e intensidad. Poemas como este seguramente son el resultado no sólo del talento y la sensibilidad personales sino de una evidente capacidad de síntesis y asimilación que hace a los verdaderos escritores. No es una coincidencia que Mario Saavedra, colombiano de origen, sea un admirador de uno de los más grandes poetas del erotismo en lengua castellana, el también colombiano Porfirio Barba Jacob.

Atardecer en la destrucción es un libro breve pero compacto, lleno de imágenes sorprendentes y de momentos de verdadera emoción. Su lenguaje, en sus mejores momentos, parece cincelado y está dotado de una poco frecuente tensión intelectual. En tanto que libro, enriquece notablemente la obra personal de un escritor que ya era conocido por su interesante obra crítica, pero también enriquece nuestro ambiente cultural y nuestro panorama poético. *Atardecer en la destrucción* habrá de llegar a los muchos lectores que, ciertamente, merece. ■

Su lenguaje, en sus mejores momentos,
parece cincelado y está dotado
de una poco frecuente tensión intelectual.